

Gana con paso ligero
 El atravesado pino
 Y en equilibrio certero
 Avanza; mas de continuo
 Se está cimbrando el madero.

Sudor de angustia bañaba
 A Xóchitl manos y frente,
 Y el infeliz rey temblaba
 Cuando en sus brazos llegaba
 Casi a la mitad del puente.

Su terror toca al exceso,
 Que el tronco añejo se blande
 Más y más al rudo peso,
 Y va el peligro con eso
 Cada vez siendo más grande.

A la orilla abandonada
 Salió la turba enemiga
 Tras el prófugo lanzada:
 Fué tardía su llegada,
 Inútil fué su fatiga.

Depone flechas y mazos,
 Que, con estrépito hondo
 Roto el pino en dos pedazos,
 Xóchitl y el rey en sus brazos
 Van del abismo hasta el fondo.



EMIGRACIÓN DE LOS AZTECAS

HACIA EL ANAHUAC.

Por quebradas y llanuras
 Que arena ingrata alfombra;
 Sin fuentes ni verdura
 Ni árbol de amiga sombra,
 Habita pueblo innúmero
 En el país de Aztlán.

Las tumbas veneradas
 Tiene de sus mayores,
 Y en sólidas moradas
 Arrostra los rigores
 De ardiente sol y el ímpetu
 También del huracán.

Mas a las veces sueña
 Con fértiles campiñas
 En que de parda peña

Brota el riego a las viñas;
 Donde hay templados céfiros
 Y lagos de cristal;

Y en el sagrado asilo
 Del bosque las palomas
 Cantan su amor tranquilo,
 Y en transparentes gomas
 Vierten nudosos árboles
 El ámbar y el copal.

Sueña; y vivaz deseo
 De ir a esos campos siente
 Que en tan vistoso arreo
 Suele pintarle enfrente
 Con sus colores fúlgidos
 La mágica ilusión.

Y teme, si abandona
 Sus tumbas y sus lares
 Por la distante zona
 De mirtos y palmares,
 De la deidad colérica
 Llevar la maldición.

Con inefable gusto
 Un día vió el caudillo
 En espinoso arbusto
 Posarse un pajarillo
 De azul plumaje, prófugo
 De su natal región;

Y oyó que así decía
 En los desnudos ramos
 Cantando: «Al Mediodía
 Vamos aprisa, vamos;»
 Y al pueblo con voz trémula
 Convoca Huitzitón.

Llega, de asombro llena,
 La muchedumbre varia
 A oír la cantilena
 Del ave solitaria,
 Sin que del jefe crédito
 A los relatos dé.

Y el ave entre los ramos
 Con dulce melodía
 Canta y repite: «Vamos,
 Vamos al Mediodía;»
 Y el pueblo entonces póstrase
 Del rudo espino al pie.

--«Si orden del alto cielo
 A divulgar aciertas,
 No alces agora el vuelo
 Sin dar señales ciertas,»
 Ante el gentío atónito
 La dice Huitzitón.

Y ella, al dejar los ramos,
 Mientras sus alas tiende,
 «Vamos aprisa, vamos,»
 Grita y los aires hiende

Perdiéndose en la límpida
Meridional región.

—«La voluntad patente
Del Numen hoy se muestra,»
El jefe reverente
Dijo y alzó la diestra
Que reforzado báculo
Asido enseña ya.

Al niño el joven fuerte
Carga y al padre anciano,
Y hacia el hogar convierte
Sus ojos; por el llano,
Cual gigantesca víbora,
En marcha el pueblo va.

Ante la alzada sierra
Su planta no vacila;
El cauce no le aterra
Del espumoso Gila;
Sueña con tibios céfiros
Y lagos de cristal;

Con bosques y verjeles
Do esparcen sus aromas
Los mirtos y laureles,
Y en transparentes gomas
Vierten nudosos árboles
El ámbar y el copal.

DIVISIÓN DE LOS AZTECAS

DURANTE SU PEREGRINACIÓN.

Tras años de marcha lenta
Por espaciosos desiertos
Do grandes fábricas alzan
Parada en ellas haciendo,

Los hijos de Aztlán llegaron
A fértil valle risueño
Cerca de Tula extendido
Sin mas límite que el cielo.

Hasta allí fueron acordes
En voluntad y deseos,
Al imperioso mandato
Del alto Numen sujetos.

Pero la insomne codicia,
De la discordia venero,
Resuelve entonces tentarles
Con peregrino suceso.

Hallan, al nacer el día,
 Dos bultos del campo en medio:
 El uno rica esmeralda
 Tiene y el otro dos leños.

Que es regalo de los dioses
 La joya pensaron luego,
 Y della en reñida lucha
 Los más fuertes se hacen dueños.

Miran el segundo bulto
 Los vencidos con desprecio;
 Mas Huitzítón lo levanta
 Queriendo ilustrar al pueblo.

Restrega un leño con otro
 Y coronando su esfuerzo,
 Las secas fibras se inflaman,
 Brillante aparece el fuego.

La plebe, que carecía
 De tan útil elemento,
 A su caudillo bendice
 Alegre y pasmada a un tiempo.

Él da suelta a sus palabras,
 A que prestan mayor peso
 La austeridad del semblante,
 La blancura del cabello.

—«No son las riquezas, dice,
 El don mejor de los cielos,
 Ni vence en todas las luchas
 La fuerza brutal sin freno.

Que han destinado los dioses
 En sus designios secretos
 La primacía al trabajo
 Y a la inteligencia el cetro.»—

Unidas en marcha a Tula
 Ambas facciones siguieron;
 Mas para el germen del odio
 Siempre es fecundo el terreno.

Años después y ya echados
 De México los cimientos,
 De sus hermanos se apartan
 Los de la esmeralda dueños.

A Tlaltelolco fundaron,
 De sus monarcas asiento:
 La historia da testimonio
 De sus arrojados hechos.

Mas los tenochques humildes
 Que, de su constancia en premio,
 Ven sus cabañas trocadas
 En edificios soberbios,

La corte de sus contrarios
 Unen, al fin, a su imperio,
 Y así la verdad confirman
 De los axiomas del viejo.

1862.

ESCLAVITUD Y EMANCIPACIÓN DE LOS AZTECAS

EN COLHUACÁN.

I.

En Zumpango y Tizayuca
 Y el Tepeyac, hoy sagrado,
 Y Chapultepec, que ha sido
 De hechos bélicos teatro,

Los emigrados aztecas
 Tomaron breve descanso,
 Y de Acocolco en las islas
 Establecieronse al cabo.

Su vida allí medio siglo
 Fué de miseria dechado,
 Sin más ropas ni alimento
 Que hojas y peces del lago.

La libertad, su bien solo,
Si serlo puede en tal caso,
Les arrebatan los colhuis
Y destes quedan esclavos.

Con suerte tan ominosa
A Tizapán trasladados,
De Aztlán las áridas tierras
Echaron menos acaso.

II.

Por agravios que no es mucho
Que la historia no consigne,
A sus tiranos la guerra
Declaran los xochimilques.

Y es adelante llevada
Con signo tan infelice
Para aquéllos, que contaron
Por sus derrotas las lides.

A los esclavos acuden,
Que del terror en los lindes
Se vuelven blandas las rocas
Y halagadores los tigres.

Resueltos ya los aztecas
En tal sazón a lucirse,

Construyen largos bastones
De fuertes puntas sutiles.

Llevan un cesto en el brazo,
Llevan rodela de mimbres,
Y en la diestra encallecida
Sendos puñales de iztli.

Trábase la lucha y ellos,
Mientras sus amos compiten
En apresar más contrarios
Que su valor atestigüen,

De los palos con ayuda
Asaltan islas y esquifes,
Páran de la masa el golpe
Con ingeniosos ardides;

Abrazan al enemigo,
Luchan un punto, le rinden,
Ambas orejas le cortan
Que el hondo cesto recibe;

Y en pos de víctimas nuevas
Se arrastran como reptiles,
Y a su aspecto huyen al monte
Vencidos los xochimilques.

III.

Grande ha sido la victoria
De Colhuacán, y el monarca,
Sentado en rústico trono,
A sus combatientes llama.

Allí engréidos los colhuis
Muestran en hileras largas
Sus prisioneros y, al verles,
El rey su valor alaba.

Cuatro los aztecas tienen
Ocultos, con fuerte guardia;
Mas no lo saben sus amos
Ni su designio se alcanza.

Preséntanse al pie del trono
Sin cautivos, y en voz agria
El imperante les echa
Su miedo o torpeza en cara.

Y el pueblo que les pedía
Ayuda en horas aciagas,
Viendo alejado el peligro,
Dellos se burla a sus anchas.

Por toda respuesta, al punto
Los cestos cubiertos sacan
Y vuelcan, formando pilas
De orejas ensangrentadas.

—Por estas señales, dicen,
Inferid si en la batalla
Ociosas en nuestras manos
Permanecieron las armas.

Si, en vez de obrar deste modo,
Hemos hecho inútil carga
De vencidos, todavía
La tremenda lid durara.»

Asaz inquietos los colhuis
Quedaron esa mañana,
Que esclavos que así se portan
El yugo en romper no tardan.

IV.

Alzando en Huitzilopochco
A su deidad los aztecas
Altar, para dedicarlo,
Pidieron al rey ofrenda.

Con los sacerdotes colhuis
En costal de burda tela,

Por demostrarles desprecio,
Les envía un ave muerta.

El agravio disimulan
Y en las nuevas aras dejan
Largo puñal de obsidiana
Entre aromáticas yerbas.

Y cuando el sol en su curso
Trajo el día de la fiesta,
Presentes monarca y nobles
Que intentan burlarse della;

Sacan los cuatro cautivos,
Hácenles bailar en rueda;
Oblíganles a tenderse
Del ara en el ancha piedra;

Con el cuchillo les abren
El pecho en ruda faena,
Y el corazón les arrancan
Que al pie del ídolo humea.

Tales fueron los humanos
Sacrificios en mi tierra,
Que desde entonces parece
Que está de sangre sedienta.

La suya los colhuis todos
Sienten helarse en las venas,

Y dando gritos de espanto
Hacia Colhuacán se alejan.

Manda el rey que de sus pueblos
Salgan al punto esas fieras,
Y a peso de horror compraron
Su libertad los aztecas.